



Hacia una mirada educativa de la prevención

Lic. Silvia Pisano

La autora es Licenciada en Pedagogía Social. Coordinadora de Programas Educativos de la SADA.
eduprev@sada.gba.gov.ar

Partiendo de la convicción de que, hoy más que nunca, la escuela está atravesada por las "enfermedades de la cultura actual", resulta innegable que la prevención es la principal herramienta que puede producir modificaciones profundas y duraderas y que esa prevención debe darse en espacios de educación formal o no formal pero, en forma sistemática, ordenada, gradual y planificada.

Hasta aquí, parece que todos estamos de acuerdo: sabemos cuál es el problema y tenemos la convicción de que algo hay que hacer para prevenirlo.

Cabe, entonces, preguntarnos: ¿Cómo hacerlo?

Las instituciones educativas siguen siendo las únicas que contienen a su población-objetivo, en las etapas evolutivas más significativas en el desarrollo del ser social y, por lo tanto, no sólo sienten el impacto y la sobrecarga de las demandas sociales y de los emergentes relacionales de este contexto, sino, además, de nuevos deterioros en el aprendizaje, asociados a esas problemáticas.

Y esto pone en crisis hasta dónde es legítimo su legado de integración, frente a la fragmentación y exclusión social. Hasta dónde se sostiene la concepción del niño educable como embajador de la ternura y la inocencia, frente a los nuevos niños hiperrealizados o subrealizados que rompen ese patrón. Y hasta dónde pueden enfrentar la violencia y las conductas adictivas que hoy se presentan dentro de los muros de los establecimientos educativos, cuando los profesionales de la educación no fueron ni son preparados para ello.

Muchas veces, se proponen respuestas que fueron efectivas en función de otras preguntas, en otro contexto, en otro espacio y en otra época.

Y aquí cabe la primera consideración: es imposible educar fuera de lo epocal, como si la escuela no fuera permeable a la realidad social, como si ella no influyera y fuera influida por los elementos del entorno, como si los muros pudieran producir un microclima diferencial.

Y es en esta instancia de revisión donde en esa población-objetivo, se empiezan a considerar sujetos de aprendizaje, sujetos de derechos.

Ahora bien, la educación, desde su nacimiento en la Modernidad, ha recibido el legado de preparar a las nuevas generaciones para participar en el futuro como conservadoras y transformadoras de la cultura, basada en el trabajo con el conocimiento y la socialización de los alumnos.

Más allá de las diversas teorías pedagógicas que impregnaron cada tiempo, la educación, hoy sigue recibiendo el mismo legado, lo cual no implica que se haya conservado el ideario de hombre, las relaciones sociales, la escala de valores, etc.

Como institución, no puede estar ajena al proceso de construcción y debe asumirlo, desde todos los actores que involucra, cumpliendo un rol activo y no siendo una mera espectadora o comentarista de los sucesos.

Y es en este sentido que, el Estado es el principal responsable de garantizar la Educación como un derecho social. O sea, una educación de buena calidad para todos, educar para la integración y la justicia social, para la igualdad de oportunidades.

Si el proceso educativo y sus instituciones consiguen desarrollar las potencialidades de las personas desde sus primeros años, fomentando y consolidando la adquisición de hábitos, actitudes,



valores y habilidades orientados hacia una vida sana y desarrollando conocimientos encaminados a formar personas críticas y autónomas, seguramente se reducirán las situaciones de riesgo.

Y esto implica entender la prevención como proceso que se inicia en la más temprana edad y se sostiene durante toda la escolaridad. Creer que debemos trabajar adicciones, bulimia, sexualidad, etc. sólo con adolescentes, no sólo es llegar tarde, sino que es despreciar las instancias evolutivas de desarrollo de cada sujeto y desaprovechar la riqueza de la construcción gradual de los saberes, creencias, auto-concepto, asertividad, comunicación, etc., etc.

Así, la tarea de prevención debería coincidir con lo que es la tarea de la educación, hasta el punto de entender que no podemos educar sin prevenir. Siempre y cuando, el escenario educativo no se limite a la mera transmisión de conocimientos sino que sea ofrecido como un espacio de socialización, de participación, de reflexión, de transformación, ya que, la complejidad de la promoción integral de la salud exige una construcción cultural horizontal y participativa que promueva la transformación a partir del reconocimiento, desde los propios actores involucrados, de las dificultades, limitaciones y situaciones de vulnerabilidad como así también, de las condiciones favorables que posibiliten sortearlas.

Y para ello, es imprescindible la consideración del sujeto de aprendizaje como protagonista activo, cuyas creencias podrán ser modificadas a partir de la revisión de sus aprendizajes previos, del replanteo de certezas, de la interacción con sus pares y donde el docente constituya el andamio que le da seguridad y, al mismo tiempo, le permite construir su aprendizaje. Respondiendo a las realidades locales, posibilitando, además, el surgimiento de la creatividad de los propios actores y exigiendo un enfoque integral e interdisciplinario, imposible de alcanzar desde compartimentos estancos que brindan información y conocimientos fragmentados. O creyendo que porque el alumno está informado, lo protege en su vulnerabilidad o riesgo.

Durante mucho tiempo se han dado clases magistrales, charlas a cargo de expertos y se han seguidos las sugerencias de que si realiza tal cantidad de actividades en el año, "salvamos" a nuestros jóvenes. En realidad, la experiencia nos demuestra que los chicos reciben información por muchos medios (TV, revistas, Internet, charlas con amigos, etc.) que para ellos resulta más confiable que conceptos que deben memorizar y repetir. Acá no se trata sólo de que estén informados, acá debemos hablar de formación. Sólo es posible formar si nuestros sujetos de aprendizajes son protagonistas de sus propios cambios. Y es aquí donde debe ponerse el mayor énfasis, en cómo se promueve ese cambio, en cómo se dan las condiciones, en la escuela, para la formación integral de los alumnos.

Priorizar al niño, al joven, no es situarlo en el lugar del "problema", sino asumir de una vez por todas el lugar de adultos que hemos cedido, del que durante mucho tiempo no nos hicimos cargo y que hoy empiezan a dar señales sus consecuencias. Es pensar en cada niño, en cada adolescente, en cada joven, situándonos como adultos responsables de acompañar su crecimiento, brindándole las herramientas para formarse como un individuo libre, crítico, responsable y como un actor dinámico en la realidad actual.

Si queremos educar para la democracia, para la productividad y el crecimiento, para la integración y la justicia social, no podemos permitir que las nuevas generaciones crezcan adormecidas bajo el alcohol y las drogas, ni desprovistas de herramientas para poder sortear las dificultades del contexto donde les toca vivir.

Por ello, es imprescindible que en los programas de todos los niveles se contemplen contenidos obligatorios de promoción integral de la salud y una materia específica a partir del 2º Ciclo de Escuelas Primarias donde se trabajen contenidos conceptuales, actitudinales y procedimentales específicos a la realidad pre- adolescente y adolescente, como patologías culturales, presión de grupo, publicidad, diseño e implementación de proyectos, entre otros.

Surge así, una segunda necesidad: trabajar desde y con los referentes de los jóvenes, entendiendo por tales a aquellos adultos involucrados en su formación. Específicamente, padres y docentes.

Para ello, es fundamental no sólo actualizar a todos los docentes en actividad, sino también, contemplar en todas las carreras pedagógicas la formación específica en pedagogía social. Sin docentes capacitados y formados, es imposible garantizar la calidad educativa.



Ofrecer espacios de formación continua o talleres para padres, contemplados por la educación formal y no formal, donde puedan fortalecerse en su rol, en el marco de una lógica de esfuerzo compartido y complementario.

La escuela debe recuperar la centralidad del aprendizaje, en busca de la formación integral, para que todos tengan las mismas oportunidades, a lo largo de toda la vida. Y para ello, es necesario, una política de educación nacional y de articulación interministerial.

De la misma manera que no podemos culpar a nuestros jóvenes por las enfermedades de nuestra cultura, tampoco podemos hacerlo con docentes que no tuvieron las herramientas para educar en estos tiempos o con los padres que deben enfrentar la difícil tarea de la socialización primaria, en medio de tanta incertidumbre.

En todo caso, empecemos a hablar de responsabilidades y, de una vez por todas, hagámonos cargo desde cada lugar en que nos toca actuar y empecemos a asumirnos como adultos en cada rol, desde el ESTADO y desde la COMUNIDAD, enterrando el "no te metás" y entendiendo que todos estamos involucrados, que nos afecta y afectamos a todos.

Si esto es posible, seguramente, las generaciones que nos sucedan estarán haciendo un análisis más positivo cuando les toque reemplazarnos.